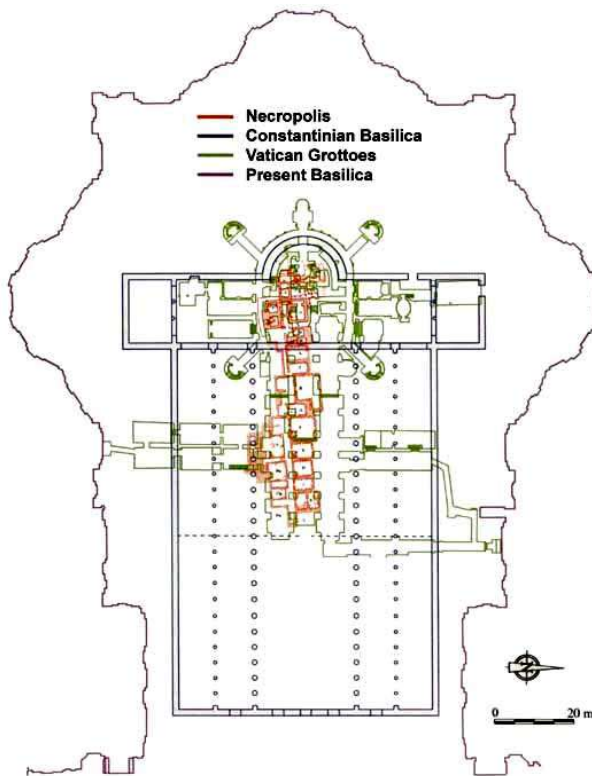




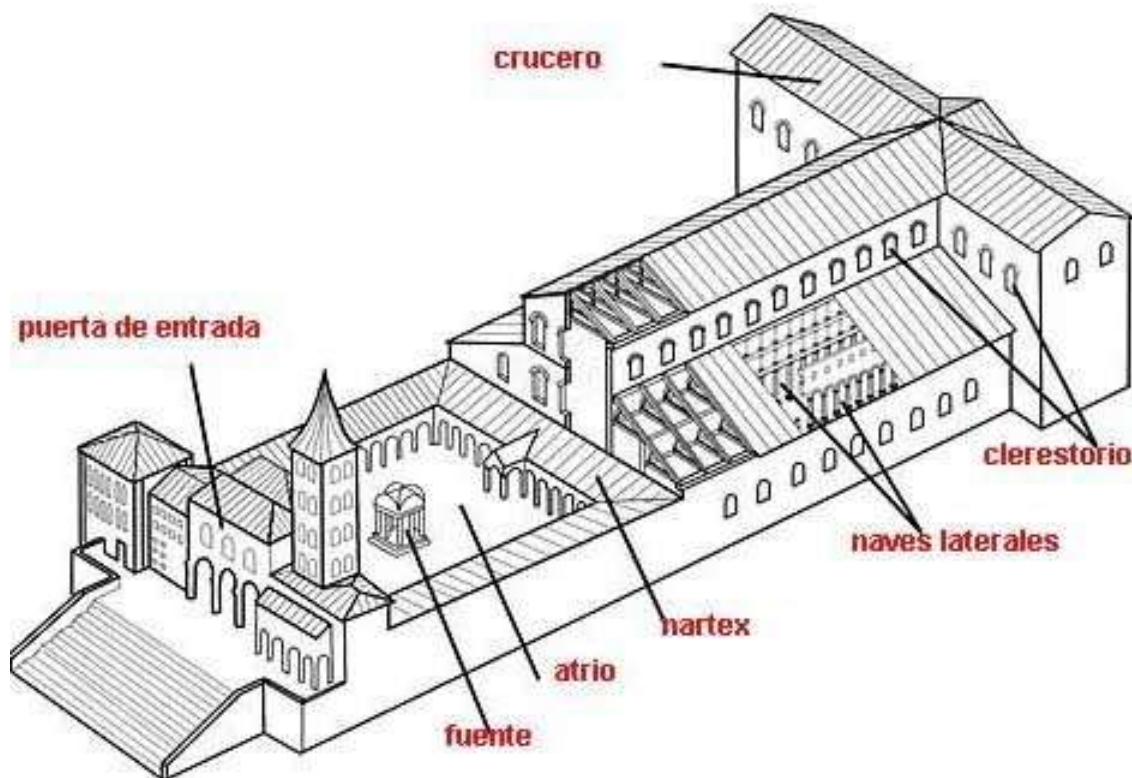
La evolución arquitectónica de Basílica de San Pedro puede ser analizada con mayor profundidad si se atiende no solo a la sucesión de sus fases constructivas, sino también a la persistencia de ciertos problemas estructurales, tipológicos y simbólicos que atraviesan toda su historia, generando una continuidad compleja en la que cada intervención constituye, al mismo tiempo, una respuesta y una reinterpretación de las anteriores. En este sentido, San Pedro no es simplemente un edificio reconstruido, sino un campo de experimentación en el que se ensayan distintas concepciones del espacio sagrado y del papel de la arquitectura como instrumento de representación del poder.



Evolución gráfica de la basílica de San Pedro.

1. La basílica de Constantino.

La basílica constantiniana, erigida en el siglo IV bajo Constantino I, constituye el punto de partida de este proceso. Sin embargo, su importancia no reside únicamente en ser el primer edificio, sino en haber establecido una matriz tipológica y simbólica que condicionará todas las fases posteriores. La adopción del modelo basilical longitudinal, con su eje direccional claramente definido, respondía a necesidades litúrgicas específicas, pero también implicaba una concepción del espacio como recorrido, como itinerario hacia un punto sagrado. Este punto, la tumba del apóstol, no coincidía exactamente con el centro geométrico del edificio, lo que generaba una tensión



Basílica de San Pedro, la primitiva edificación de tiempos de Constantino (siglo IV).

entre axialidad y centralidad que reaparecerá de forma recurrente en la historia posterior de la basílica.

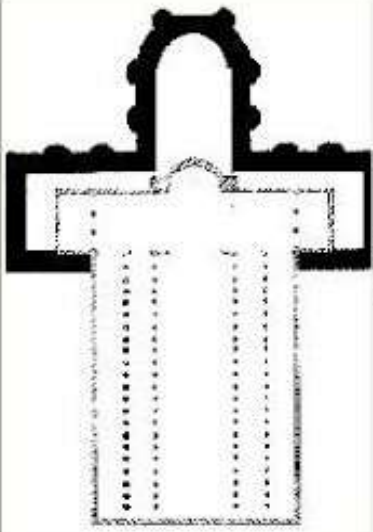
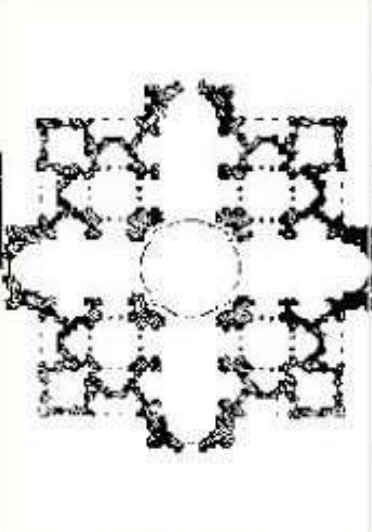
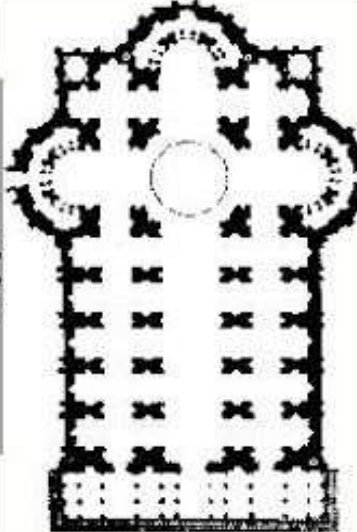
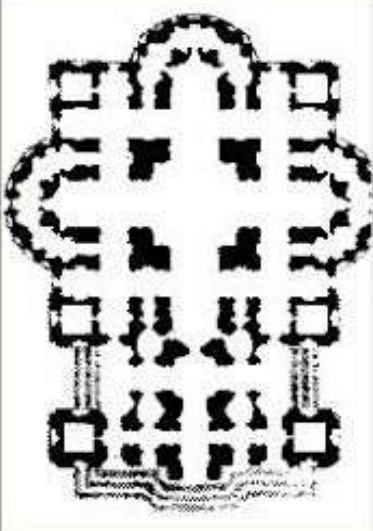
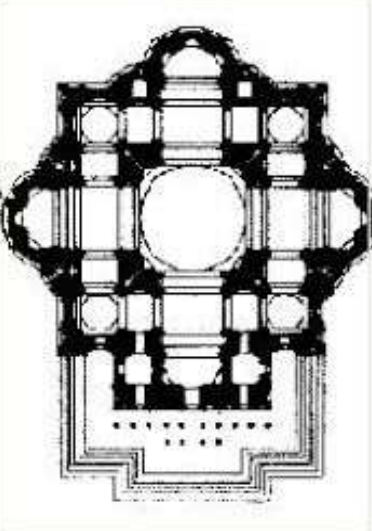
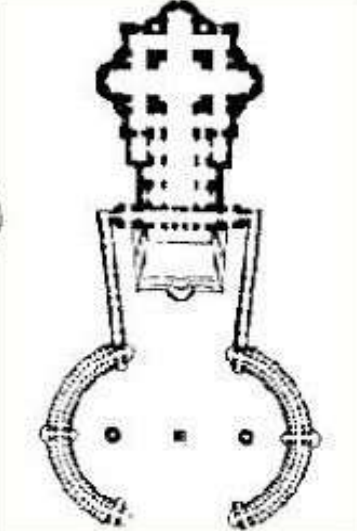
Desde el punto de vista constructivo, la basílica constantiniana supuso una intervención de gran escala sobre un terreno problemático, ocupado por una necrópolis. La necesidad de crear una plataforma artificial mediante rellenos y estructuras de contención revela una temprana capacidad de la arquitectura cristiana para transformar el paisaje en función de sus necesidades simbólicas. Este gesto, que podríamos calificar como una “sacralización del terreno”, anticipa la dimensión ideológica que caracterizará las fases posteriores del edificio.

2. La basílica de San Pedro en la Edad Media.

A lo largo de la Edad Media, la basílica fue objeto de continuas modificaciones que, si bien no alteraron su estructura fundamental, sí transformaron su percepción espacial y su función litúrgica. La acumulación de capillas, relicarios y elementos decorativos contribuyó a densificar el espacio, generando una experiencia más fragmentada y menos unitaria. Este proceso refleja un cambio en la religiosidad, cada vez más centrada en la devoción individual y en la multiplicidad de cultos, en contraste con la claridad axial del modelo original.

3. Se inicia la nueva basílica: proyectos y realización.

La decisión de reconstruir completamente la basílica en el Renacimiento, impulsada por Julio II, debe entenderse en el contexto de una profunda transformación cultural en la que la recuperación de la Antigüedad clásica se convierte en un instrumento de legitimación política y religiosa. El encargo a **Donato Bramante** no fue casual: su proyecto sintetizaba los ideales

		
<p><i>B. Rosellino</i> construye un nuevo ábside que sustituye al anterior de Constantino.</p>	<p><i>Bramante</i> proyecta el edificio con planta en cruz griega (1506).</p>	<p><i>Rafael</i> cambia el proyecto y propone una planta en cruz latina (1515).</p>
		
<p><i>Antonello da Sangallo</i> hace algunos pequeños retoques.</p>	<p><i>Miguel Ángel</i> vuelve a la planta en cruz griega y <i>G. della Porta</i> hace la cúpula entre 1588 y 1590.</p>	<p><i>Maderno</i> realiza la fachada y <i>Bernini</i> hace la columnata exterior.</p>

Proyectos para San Pedro entre los siglos XVI y XVII.

humanistas de proporción, armonía y centralidad, proponiendo una planta de cruz griega inscrita en un sistema geométrico riguroso.

Sin embargo, la propuesta de Bramante introduce una ruptura significativa con la tradición basilical, al sustituir el eje longitudinal por una organización centrípeta. Este cambio no es meramente formal, sino que implica una transformación en la concepción del espacio litúrgico: de un recorrido procesional se pasa a un espacio de concentración, en el que el centro adquiere un valor absoluto. No obstante, esta centralización plantea problemas prácticos, especialmente en relación con la visibilidad y la capacidad de acoger grandes ceremonias, lo que explica las dudas y modificaciones que se sucederán tras la muerte del arquitecto.



Cúpula de San Pedro, proyecto de Miguel Ángel.

Las intervenciones de **Rafael y Antonio da Sangallo el Joven** pueden interpretarse como intentos de reintroducir la direccionalidad sin renunciar completamente al ideal centralizado. En particular, el proyecto de Sangallo, con su compleja articulación de espacios y su énfasis en la masa muraria, revela una creciente preocupación por la monumentalidad y por la expresividad de la estructura. Su modelo, conocido a través de una gran maqueta conservada, muestra un edificio casi fortificado, en el que la arquitectura adquiere una dimensión casi escultórica.

La intervención de **Miguel Ángel** representa un momento de síntesis y clarificación. Su rechazo de la complejidad excesiva del proyecto de Sangallo se traduce en una simplificación radical de las formas y en una concentración de los elementos esenciales. Miguel Ángel refuerza la centralidad del edificio, pero lo hace mediante una articulación más dinámica de los volúmenes, introduciendo una tensión entre los distintos ejes que confiere al conjunto una energía interna inédita.

La cúpula constituye el elemento clave de esta nueva concepción. Inspirada en la de la Catedral de Santa María del Fiore de Filippo Brunelleschi, pero reinterpretada con una mayor complejidad estructural, la cúpula de San Pedro no es solo una cubierta, sino un verdadero dispositivo espacial que organiza todo el edificio. Su doble cascarón permite aligerar el peso y mejorar la estabilidad, mientras que su perfil elevado acentúa la verticalidad, creando una relación directa entre el espacio interior y el cielo.

La finalización de la cúpula por **Giacomo della Porta y Domenico Fontana** introduce ligeras modificaciones que acentúan su dinamismo, aproximándola ya a la sensibilidad barroca. El juego de luces que penetra a



Ampliación de Maderno.

través de las ventanas del tambor contribuye a desmaterializar la estructura, generando un espacio en el que la percepción visual se vuelve tan importante como la realidad constructiva.

4. Los cambios del barroco.

La transformación decisiva hacia el Barroco se produce con la intervención de Carlo Maderno, quien, bajo el pontificado de Pablo V, prolonga la nave y convierte la planta en cruz



Vista aérea de San Pedro donde se aprecian todas las fases. En primer término la plaza de las Naciones de Bernini.

latina. Esta decisión, que puede parecer un retroceso respecto al ideal centralizado, responde en realidad a las exigencias de la Iglesia posterior al concilio de Trento, definida en el marco del Concilio de Trento. La claridad litúrgica, la visibilidad del altar y la capacidad de acoger a grandes multitudes se convierten en prioridades que condicionan la forma arquitectónica.

La **fachada de Maderno**, con su orden gigante y su tratamiento plástico de la superficie, actúa como un umbral entre el espacio urbano y el interior sagrado, aunque su anchura y su relativa baja altura han sido objeto de críticas por alterar la percepción de la cúpula desde la plaza. No obstante, esta fachada introduce una dimensión escenográfica que será desarrollada plenamente en la fase siguiente.

Con **Gian Lorenzo Bernini**, la basílica y su entorno alcanzan una integración total en el lenguaje barroco. El baldaquino, situado sobre el altar mayor, no solo cumple una función litúrgica, sino que actúa como un nodo visual que articula todo el espacio interior. Sus columnas salomónicas, su dinamismo formal y su riqueza material lo convierten en un elemento de transición entre arquitectura y escultura.

La **plaza de San Pedro**, concebida como un gran espacio elíptico flanqueado por columnatas, representa una de las intervenciones urbanas más significativas de la historia de la arquitectura. Su diseño no solo responde a necesidades funcionales, sino que construye una experiencia espacial progresiva, en la que el visitante es guiado hacia la basílica mediante un recorrido cuidadosamente coreografiado. La forma elíptica, con sus focos desplazados, introduce una dinámica perceptiva que refuerza el carácter teatral del conjunto.

En última instancia, la evolución de la Basílica de San Pedro puede interpretarse como un proceso de negociación constante entre centralidad y axialidad, entre claridad geométrica y complejidad espacial, entre tradición y renovación. Cada fase del proyecto no solo responde a necesidades técnicas o funcionales, sino que refleja una determinada concepción del poder, de la religión y del papel de la arquitectura como medio de expresión. Por ello, San Pedro no es simplemente un edificio, sino una síntesis histórica en la que se condensan siglos de pensamiento arquitectónico, convirtiéndose en un referente indispensable para comprender la evolución de la arquitectura occidental desde la Antigüedad tardía hasta el Barroco.



Fachada de Maderno.